

tar los efectos de las brascas sacudidas, burlando las malévolas intenciones del taimado cochero, aferrándote con brazos y piernas al banco central del carruaje.

El rechinado áspero y penetrante del garrote, anunciaba frecuentemente el paso de la diligencia por las laderas, y su llegada á las postas de remuda y á lugares donde se almorzaba. Tales momentos eran de alivio y de algún solaz para los caminantes. Todos, hombres y mujeres, descendían del carruaje á fin de *estirar las cuerdas*, que sobrada necesidad tenían de ello, y era el momento en que ponías á prueba tu galantería, dando la mano á las señoras para que saltasen en tierra.

Al llegar la diligencia al lugar donde se almorzaba, y á las poblaciones, ya tenías esperándola una muchedumbre de pordioseros y de canes hambrientos, un empleado del correo y algunos peones de hacienda ó dependientes de tiendas de pueblo, que debían recibir, aquél la valija del correo, y éstos las cartas dirigidas á sus patrones, correspondencia clandestina, cuyo agente único era el cochero, quien repartía las dichas cartas confiadas á su cuidado por medio del sotacochero, cobrando, como la administración general del ramo, peseta por carta.

Insufribles eran los viajes en tiempo de aguas, principalmente por el mal estado de los caminos. A cada paso dificultoso parábase la diligencia y oías la voz del cochero que ordenaba que todos los pasajeros echasen pie á tierra. Que quisieras ó no, habías de descender del carruaje, metiéndote hasta los tobillos en el lodo unas veces, y otras caminando á pie por grandes trechos, entretanto que se sacaba del atolladero la diligencia, la cual continuaba sola, con su rodar dificultoso, hasta salvar los pasos peligrosos. Muchas veces tenías que dormir encerrado en la diligencia, detenida por el lodo del camino, en medio de un llano, como una embarcación que se halla cogida por los hielos de las regiones polares.

Susto magno era aquel que infundía en el ánimo de los viajeros toda polvareda lejana, que se creía producida por alguna banda de ladrones que se disponía á dar su asalto á la diligencia. Sobresaltos como estos ibas experimentando en todo el camino, particularmente al acercarse la diligencia á ciertos lugares en los que el tantas veces temido acontecimiento

tenía su realización. Esos parajes en el camino de Veracruz, eran los montes de Riofrío, la Barranca de Juanes, la Agua del Venerable y Loma Larga. Por idénticas circunstancias merecen citarse los principales lugares peligrosos de los demás caminos; tales eran, en el de Jalapa, Cruz Blanca, poco antes de las Vigas; en el de Pachuca, los Callejones de Ozumbilla, en las faldas del cerro de Chiconautla; en el del Interior, la Cuesta de Barrientos á la salida de Tlalnepantla, y la Cuesta China, al descender á Querétaro; en el de Toluca, Cuajimalpa, El Contadero y Llano de Salazar; en el de Cuernavaca, el Guarda y Huitzilac, y en el de Cuautla, La Calavera.

Generalmente recibían los pasajeros el aviso alarmante en la posta inmediata al lugar del peligro, y desde ese momento cesaban las conversaciones alegres y animadas en la diligencia, reduciéndose á determinadas preguntas que unos á otros se dirigían; las damas, si los ladrones tenían la costumbre de llevarse á las mujeres; el que la echaba de valiente, si estaban dispuestos todos los pasajeros á defenderse; y el fraile, si serían los bandoleros de los que pedían á los padrecitos su bendición y la mano para besarla, ó de los que apaleaban sin respetar el carácter sacerdotal.

Todos los pasajeros, mucho antes de llegar al lugar del peligro, escondían su dinero, alhajas y relojes en los cajillos de las portezuelas, entre el zacate de los cojines de cuero, en el pesebrón, en el cielo del carruaje y en cuantos escondrijos hallaban en éste.

Muchas veces la necesidad sugería á los pasajeros recursos verdaderamente ingeniosos, como el de una joven que al acercarse los ladrones despuntó un plátano é introdujo en la parte carnosá una sortija de gran valor, y teniendo á aquellos delante, fingió que el miedo la había puesto nerviosa y trémula, sorprendiéndola en los momentos en que se retiraba la fruta de la boca, y al verla en ese estado los ladrones, dijéronla que no temiera nada por su persona, y despojándola con miramiento de lo que creían de algún valor, dejáronle en la mano la fruta con el corazón de diamantes.

Más muertos que vivos llegaban los pasajeros al famoso monte de Riofrío, y creyendo muchas veces haber librado del peligro, hallábanse repentinamente rodeados por una banda

de facinerosos, salidos de unos matorrales, y como diestros y prácticos en el oficio, dos de ellos se abalanzaban á las portezuelas del carruaje, apuntando al interior con sus trabucos, otros se dirigían á la *covacha* para sacar los equipajes, y el capitán hacía descender á los pasajeros, ordenándoles imperiosamente que se *azorrillasen*, es decir, que se pusiesen á gatas en la tierra, con la prohibición expresa de levantar la cabeza y de mirar. Al que voluntariamente no ejecutaba tal acción, lo *azorrillaban* á golpes, y á los que desgraciadamente apartaban sus miradas de la tierra, á culatazos y empujones les hacían obedecer. Pronto los ladrones vaciaban la diligencia de cuanto en ella encontraban de valor, resultando en la mayor parte de los casos, inútil la precautoria providencia de los pasajeros. Entretanto, solamente el cochero y el sota permanecían impassibles, como potencias neutrales, en los asientos de su alto pescante.

Es verdad, querido lector, que en la época presente hemos ganado con el establecimiento de los ferrocarriles, pero también es cierto que si hoy te libras de las *azorrilladas*, no estás exento de volar por los aires arrojado por la ventanilla de un tren expreso á impulso de los hercúleos brazos de un feroz *yankee*, y si ahora no estás expuesto á hundirte una costilla, á perder un ojo ó á romperte una pierna, juntamente con cuatro ó cinco compañeros al volcarse una diligencia, sí lo estás para dejar, con 300 ó 400 pasajeros estampada en cualquier partela fe de bautismo, con un inesperado descarrilamiento, ó á ser triturado por los eléctricos.

No todos los ladrones se conformaban con el robo del dinero, alhajas y equipajes, sino que desnudaban á sus víctimas, obligándolas á continuar su camino en la diligencia, en la que unos á otros se miraban en camisa, espectáculo que, con sobrada razón, causaba congojas á las pudorosas damas.

Muchas veces acontecía que la diligencia robada, con sus pasajeros en el estado calamitoso que acaba de expresarse, llegase á otro lugar en el que era esperada por otra banda de malhechores para ser nuevamente asaltada y, al hacerse cargo éstos de que otros de su calaña más activos que ellos les habían madrugado, como decían, vaciando el carruaje y desnu-

dando á los pasajeros, no podían reprimir su enojo y los golpeaban en castigo de haberse dejado robar cobardemente.

Cuando el carruaje hacía su entrada en México con las cortinas de cuero y vidrieras echadas, señal evidente era de que llegaba robada y con los pasajeros en dicho estado lastimoso. El mencionado carruaje, como de costumbre, entraba en la casa de las Diligencias y recorría los patios que se comunicaban con el del Hotel Iturbide, deteniéndose en éste, y entonces se cerraban las puertas de la calle, se retiraba á la gente y se tomaban todas las precauciones para que las señoras de nadie fuesen vistas, y entretanto no les llevasen de sus casas trajes para que cubriesen su desnudez y pudiesen salir de la diligencia.

Solía haber bandidos generosos, cuya magnanimidad consistía en dar á cada uno de los robados un duro para que pagasen el almuerzo de aquel día en la correspondiente posta.

La actitud pacífica y resignada de los pasajeros alentó de tal manera á los ladrones de camino real, que lances hubo de que tres ó cuatro indios armados de garrotes desvalijaran la diligencia en las puertas de la Capital.

Otras veces los foragidos, particularmente cuando encontraban alguna resistencia, se ensañaban con los asaltados disparándoles, con puntería certera, sus carabinas, de lo que resultaban no pocos casos desgraciados que lamentar. Tal es el que paso á relatar como fin de historia.

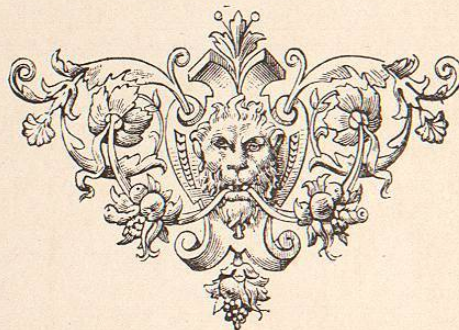
Uno de los acontecimientos que más honda impresión han producido en el país, fué el asesinato de un viajero ilustre al ser asaltada la diligencia por siete bandidos el día 4 de Mayo de 1854 en el paraje conocido con los nombres de Loma Larga y Vuelta de la Celda, entre Tecamac y Riofrío, camino para Puebla. El filántropo milanés, el Conde Cossato, después de haber dado la vuelta al mundo y recorrer algunos lugares de la República, salió de México el expresado día con el fin de embarcarse en el Puerto de Veracruz con dirección á la América del Sur. Los bandidos capitaneados por Jacinto Morán, salieron al encuentro de la diligencia, y ante la actitud enérgica de los pasajeros, hicieron uso de sus armas, trabándose un combate, durante el cual el Conde Cossato y sus compañeros se defendieron valerosamen-

te. Apenas había caído mortalmente herido el capitán de los bandidos por el certero tiro del Conde, cuando éste vino al suelo atravesado por una bala de los asaltantes y fueron heridos los pasajeros Avila, Mork y Saumer. El bandido agonizante fué retirado del lugar por sus compañeros á fin de ocultarlo en otro lejano, en tanto que el cuerpo del Conde, despojado del reloj y alhajas, permaneció tendido en el campo hasta que llegó al lugar del suceso la autoridad y empezó á practicar las primeras diligencias.

Tan funesto acontecimiento impresionó vivamente, tanto á los habitantes de la República, como á los de países extranjeros, en los que el noble Conde habíase dado á conocer honrosamente por las relevantes prendas que lo adornaban. Los criminales pronto fueron descubiertos y aprehendidos, merced á las activas diligencias y á la sagacidad de la policía. Los chamuscados tacos de papel que se hallaron regados en el campo del siniestro, que contenían

entrecortadas frases de unos vales y recibos, así como una firma, fueron los indicios luminosos que guiaron á la autoridad de las poblaciones de Amecameca y Ayotla para el descubrimiento de los criminales, cuyo notable proceso tuvo por final resultado la ejecución en la plazuela de Santo Domingo (el 30 de Octubre del mismo año) de los bandidos Eusebio Mercado, Nicolás López y Antonio Mercado, cuyos cadáveres fueron expuestos por ocho días, el del primero en Loma Larga, lugar en que se perpetró el crimen; el del segundo en el Cementerio de Ayotla, y el del tercero en los paredones de Tlapacoyan, lugar como el anterior, en que celebraban dichos malhechores sus reuniones.

En vista de tantos contratiempos como los que se experimentaban en los caminos, no es de extrañar que nuestros antepasados se creyesen obligados, al emprender cualquier viaje, por corto que fuese, á otorgar su testamento y á hacer confesión general de todas sus culpas.



X

VENEDORES AMBULANTES.

HAS paseádote, queridísimo lector, por la buena ciudad de México en aquellas noches en que por mi intervención ó de la diosa de la Memoria, conociste nuestro gran teatro, el paseo de las Cadenas y aquel fonducho del Conejo Blanco, así como los bailes de

la Lonja y otros hechos curiosos que ni soñado habías; y pues bien instruido te hallas de las nocturnas costumbres de antaño, fuerza es que también conozcas los antiguos usos de nuestra hermosa Capital durante el día, si para tal fin me otorgas de nuevo tu venia. Seré

otra vez tu guía, pero has de prometerme sacudir por tu parte el marasmo que, en general se ha apoderado de nuestra sociedad, á fin de que vuelvas á ponerte, de un salto, frente á frente de otra época en que las diligencias y no los trenes de vía herrada, eran los vehículos que nos transportaban á los diversos lugares del país. He soltado dos palabras, marasmo y ferrocarriles, que por expresar ideas contradictorias parecen mal aplicadas á un mismo asunto, puesto que la primera indica inmovilidad y la segunda vertiginoso movimiento; más oye atentamente mi explicación, con la que pretendo probarte que, en los tiempos que corren, una idea no excluye á la otra. No cabe duda, y por necio me tendrías si sostuviera lo contrario, que los ferrocarriles determinan en la actualidad una era de progreso, como que han venido á sustituir á esas pesadas alcancías, llamadas diligencias, que se balanceaban sobre sus sopandas de cuero; á los coches de camino con su camisa de fuerza y sus tiros de mulitas arrendadas, á veces, con mecates; á las carretas de transporte y á los arrieros, esos tipos de honradez que casi han desaparecido; pero advierte que ese movimiento de trenes de vapor y eléctricos es resultado de una actividad extraña y meramente especulativa, profusamente alimentada por nuestros gobiernos progresistas y no por la sociedad, que ninguna participación ha tenido en ello. Contempla esa apatía reinante en todo y para todo, la pobreza, particularmente de las poblaciones pequeñas, que son las más, la poca alza de nuestra industria fabril, la debilidad del espíritu de empresa y otras circunstancias que no están en consonancia con el movimiento de los ferrocarriles y dime, querido lector, si todo ello no te revela que en nuestro sistema actual de educación algo nos falta que imprima poderosa energía á un pueblo debilitado por su indiferencia á que he aludido. Ese es el marasmo de que te he hablado, mi buen lector, marasmo que mantiene la miseria pública á pesar de los ferrocarriles y de la paz que dichosamente y por largo tiempo disfrutamos, por lo que convendrías conmigo en que nuestro progreso, que realmente existe, y me complazco en reconocer, es relativo, mas no el que debiera, mediante la desaparición de ese mal que llamo enflaquecimiento social, cuyas causas son dignas de investiga-

ción y cuyo remedio lo es de un estudio concienzudo.

Esas reflexiones que me sugiere, no un sistema pesimista, sino mi buen deseo, tienen un fin determinado, como es el de prepararte para que procedas con sano juicio y buen discernimiento, en las comparaciones que establezcas entre las costumbres de antaño que te ofrezco y las actuales. En aquéllas verás moralidad y en éstas más adelantamiento material aunque no en el sentido absoluto de la palabra, según he manifestado anteriormente.

Prosigo, pues, lector amigo, y óyeme, te lo suplico, con tu no desmentida buena voluntad.

* * *

Aún no sonaba en la Catedral el toque del alba, contestado por el de las sonoras campanas de los templos de la Merced, San Agustín, Santo Domingo y San Francisco, que la Reforma derribó de sus torres, cuando ya se oía el estridente ruido de las pesadas diligencias que partían á las cuatro de la mañana del callejón de Dolores, hoy primera calle de la Independencia. Una, la del Interior, se dirigía á Tepic, por Cuautitlán Tepeji, Soyaniquilpa Arroyzarco, San Juan del Río, Querétaro, Celaya, Salamanca, Irapuato, Guanajuato, Silao, León, Lagos, San Juan de los Lagos, Pegueros, Tepetitlan, Zapotlanejo, Guadalajara y Tequila, y la otra para Veracruz por Riofrio, Puebla Perote y Jalapa. La primera empleaba en su carrera siete días, y la segunda tres y medio.

Ahuyentadas las tinieblas de la noche por los primeros albores de la aurora, empezábase á observar el movimiento de la ciudad, que iba en aumento á medida que los moradores abandonaban sus lechos.

El mugido de las vacas que se dirigían á las plazuelas designadas, para ser ordeñadas, era el que primeramente interrumpía el silencio de la noche.

Los serenos con paso perezoso á causa de su pasado é intranquilo sueño, se retiraban de las esquinas, en tanto que apresuradamente los sirvientes de uno y otro sexo recorían las calles en busca de las primeras provisiones para sus amos. Los barrenderos, como hoy, no hacían otra cosa que levantar nubes de polvo